

revista

f@ro

Vol. 1, N°17 (I Semestre 2013) – Faro Fractal

Págs. 95-112

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Playa Ancha

Valparaíso, Chile | e-ISSN 0718-4018

<http://www.revistafaro.cl>

Los otros rostros y voces.

La crónica como vehículo de compromiso social y denuncia

Other faces and voices.

The journalistic chronicle as a vehicle for social commitment and denounce

Dolors Palau Sampio*

dolors.palau@uv.es

Universidad de Valencia, España

Recibido: 25 de junio de 2013

Aceptado: 22 de julio de 2013

Resumen • El periodismo narrativo o la no ficción de formato extenso vive un momento de auge, propiciado por la publicación digital pero también por la demanda de un tipo de relato que hasta ahora no había tenido presencia en la red. Ello ha contribuido en los últimos años al desarrollo de un género como la crónica en distintos países latinoamericanos. A través del análisis cualitativo de una muestra de estos textos, el artículo subraya la aportación de un género que, más allá del valor literario y de la innovación en las formas expresivas, contribuye a visibilizar realidades políticas y sociales silenciadas, a dar protagonismo a actores sociales que no tenían voz ni presencia en los medios.

Palabras Claves • Periodismo narrativo / Crónica / Publicación digital / Responsabilidad y compromiso social.

Abstract • The narrative Journalism or Non-fiction with enlarged format has experienced a great growth, supported by the digital publication and stimulated by the demand of other kind of stories in the network. This has contributed in recent years to the development of a genre such as the journalistic chronicle in different Latin American countries. Through a qualitative analysis of a sample of these features, this paper stresses the contributions of the genre,

beyond the literary value and innovation in the expressive forms. The particular characteristics of the journalistic chronicle helps to give visibility to political and social realities, to give prominence to social actors that usually had no voice or presence in the media.

Key Words • Narrative journalism / Feature / Digital media / Social responsibility and commitment.

* Doctora en Periodismo. Profesora contratada en el Departamento de Teorías del Lenguaje y Ciencias de la Comunicación, Facultad Filología, Traducción y Comunicación de la Universidad de Valencia, (Valencia, España). E-mail: dolors.palau@uv.es

1. Introducción

La eclosión de nuevos medios y plataformas que apuestan por la no ficción de gran formato constituye un fenómeno reciente –desarrollado en buena medida a partir de 2010–, estrechamente vinculado a la aparición de nuevos dispositivos digitales de lectura, pero también a una demanda que no habían cubierto los medios electrónicos generalistas, obsesionados por la inmediatez e incapaces de extender su mirada más allá.

Ignorado durante años, el periodismo narrativo de formato extenso ha encontrado en el entorno digital un aliado imprescindible, en especial la llamada crónica latinoamericana, que ha arraigado con fuerza en las publicaciones nacidas en la red en los últimos tres años. La emergencia de este género constituye un fenómeno literario extraordinario, pero en muchos casos también, por las características y la sensibilidad de quienes cultivan la crónica, un instrumento de visualización y denuncia de realidades sociales, abordadas con un enfoque ausente en los medios convencionales.

Este artículo profundiza en el contexto que ha propiciado la eclosión de la crónica y plantea una revisión teórica del género antes de analizar catorce textos de gran formato publicados en los dos últimos años en revistas de El Salvador, Guatemala, México y Colombia. Tanto por la elección de los temas como por el tratamiento de los mismos, estos documentos muestran el valor del periodismo narrativo como herramienta al servicio de los valores democráticos. El formato extenso, el acercamiento en profundidad, el compromiso contra la violencia y la desigualdad, el protagonismo conferido a personas que carecen de voz o la vocación reivindicativa que subyace en ellos revelan una aportación que va más allá de la calidad narrativa.

2. Contexto de cambio y modelos

En el último lustro han confluído diversos factores tecnológicos, económicos, sociales o profesionales que han contribuido a facilitar el camino hacia un periodismo narrativo en el entorno digital. Si los primeros tiempos estuvieron marcados por la ausencia o por una escasa valoración, las propuestas que han surgido en los últimos años auguran un

futuro prometedor. En buena medida responden también a la necesidad de ir más allá de la inmediatez, de la primera versión de los acontecimientos de interés general, para profundizar en ellos, en sus causas y consecuencias, en su desarrollo, algo más necesario si cabe en un contexto caracterizado por la sobreabundancia de datos, de contenidos que exigirían ser procesados con detenimiento.

La apuesta por este periodismo narrativo tiene, en términos generales, un marcado carácter americano, auspiciado por la tradición editorial de revistas y magazines –revitalizada con el nuevo periodismo de los años 60–, en el caso de EEUU, o del relieve que la crónica ha experimentado en los países latinoamericanos en la última década. Sin embargo, más allá de la coincidencia en la filosofía que inspira este periodismo –la investigación, la profundización, la voluntad de ofrecer relatos poderosos–, se concreta en propuestas y modelos diversos, en buena medida fruto de las circunstancias sociales y económicas que los acompañan.

Los distintos proyectos surgidos en EEUU desde 2010 responden a una mayor diversidad y versatilidad de modelos, que abarca desde magazines a editoriales y plataformas de publicación (*Atavist*, *Byliner* o *Matter*, entre otras), mientras los latinoamericanos se centran, de momento, en la opción de revistas digitales, de periodicidad mensual o bimensual. Ello implica también algunas variaciones respecto al formato de publicación. Así, si en el caso norteamericano son los nuevos dispositivos electrónicos los que canalizan la lectura, en el latinoamericano esta se concentra, mayoritariamente, a través de la web. En paralelo a ello, también el modelo de negocio y financiación son diferentes, de modo que mientras las revistas de EEUU apuestan fundamentalmente por el pago, las nacidas al otro lado de la frontera suelen ser de acceso gratuito, con publicidad o, en buena medida, sostenidas por instituciones universitarias y de cooperación, o apadrinadas por entidades como la Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo.

La aparición de revistas como la mexicana-colombiana-argentina *Gatopardo* (2000) o la peruana *Etiqueta negra* (2003) marcó a principios de la pasada década la eclosión de un género que vive ahora su época dorada. La crónica no solo ha logrado resistir en formato papel, sino que ha encontrado nuevos caminos para su difusión en la red, que ha albergado –además de las anteriores, las literarias *El Malpensante* (Colombia, 1996) y *Letras Libres* (México, 1999); o la colombiana *Soho* (2008), destinada al público masculino– el nacimiento de nuevas publicaciones que vienen a confirmar la buena acogida de un género que, en paralelo, ha ido ganando espacio en los suplementos de algunos diarios y títulos en los catálogos editoriales.

La red ha alumbrado, en el último lustro, publicaciones virtuales y blogs que alimentan, en palabras de Jaramillo, una “cofradía de croniqueros” (2012, p. 35). Entre las decena de revistas que han surgido cabe destacar cinco incluidas en el análisis: *Sala Negra*, vinculada a *elfaro.net*, el primer periódico digital de América Latina (El Salvador, 1998);

las mexicanas *Diez4*, fundada en 2010, con doble versión digital y en papel y *Replicante*, que mudó a la red en 2010; la colombiana *Revistasole.com* (2010); y la guatemalteca *plazapublica.com.gt* (2011), ligada a la Universidad Rafael Landívar. Junto a ellas figuran las argentinas *Elpuercoespín.com.ar* (2010) y *Revistaanfibia.com* (2012); la venezolana *Revistamarcapasos.com*, que resurgió en 2010 en el entorno digital; o la colombiana *lasillavacia.com* (2009), promotora de una iniciativa para visibilizar a las víctimas de la violencia, *proyectorosa.com*, financiado por una beca del Open Society Institute. A medio camino entre Argentina y España, Hernán Casciari lanzó en 2011 *Orsai*.

3. Hacia una definición de crónica

A tenor de los intentos, definir qué es una crónica no parece tarea sencilla. “No estamos ante un género, estamos ante un debate”, explica Jorge Carrión, antes de hacer hincapié en el sentido que se da al término en el periodismo español y en el latinoamericano: “En España, un reportaje es una crónica, mientras que en algunos lugares de América Latina es una entrevista. Perfil. Retrato. Semblanza. Estampa. Cuadro de costumbres. Aguafuerte” (2012, p. 21). Esta capacidad de absorber diversos géneros ha llevado a J. Villoro a presentarla como “el ornitorrinco de la prosa”:

De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la “voz de proscenio”, como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona (2012, pp. 578-579).

Este carácter polimorfo, capaz de aunar diversos procedimientos de escritura, es el mismo que atribuye Chillón al reportaje, “el más rico y complejo de los géneros periodísticos”, cuya característica más relevante es la “diversidad funcional, temática, compositiva y estilística” (1999, p. 178). Una circunstancia que revierte en el solapamiento de denominaciones, que convierte en una “confusa frontera”, apunta Caparrós, el territorio en el que confluyen el reportaje y la crónica. Aunque se decanta por atribuir a la segunda “un tono que de alguna manera incluya más explícitamente la experiencia y la mirada del autor del trabajo” (2003).

Chiappe recurre al paralelismo entre la novela y el cuento para explicar el que se produce entre reportaje y crónica. “La crónica

prepondera la historia de un personaje. Le rescata de la multitud y usa su rostro para retratar a ese colectivo. El reportaje prepondera el hecho. Se vale de múltiples visiones, que constituyen la polifonía (...) El reportaje se compone de múltiples tramas y la crónica suele tener una. La crónica es el espacio para la singularidad; el reportaje, para la pluralidad" (2010, p. 12).

La periodista Leila Guerriero, una de las principales impulsoras, identifica la crónica con el "periodismo narrativo" y lo define como "lo opuesto de la noticia":

Allí donde el periodismo de periódicos va y busca la coyuntura, lo que sucede, el periodismo narrativo va tres meses después de que ha pasado algo, investiga ese tema y sus facetas de muchas otras maneras. Básicamente es la convicción de que las historias deben ser narradas, que no da lo mismo contar la historia de cualquier manera. La forma de un texto, el uso del lenguaje, el ritmo, el clima son tan importantes como la historia que se va a contar.

Villanueva Chang abunda en las ideas de Guerriero y apunta al valor narrativo como frontera reportaje y crónica:

Una crónica es un gran reportaje muy bien escrito, un gran trabajo de campo con entrevistas, documentos y la suerte de ser testigo y cuyo relato no aburra. Ello supone semanas o meses de dedicación, un editor cómplice del cronista, una historia en la que los protagonistas cambian ante los ojos de su autor y donde el azar actúa sobre la realidad, y también lecturas (...) una crónica, cuando es ambiciosa, exige un trabajo tan delicado como atléticoⁱⁱ.

Si algo caracteriza a la crónica es la cercanía, una labor de reporterismo que rebasa las distancias del periodismo convencional y de su inasequible afán de objetividad, a menudo el principal obstáculo para aprehender la realidad. No en vano, Caparrós insiste en que la crónica es "una mezcla, en proporciones tornadizas, de mirada y escritura". Frente al ver instintivo y mecánico, el *mirar* implica voluntad. "Mirar es la búsqueda, la actitud consciente y voluntaria de tratar de aprehender lo que hay alrededor (y de aprender). Para el cronista, mirar con toda la fuerza posible es decisivo", subraya (2012: 609). La observación de Caparrós no es ociosa, porque tanto la crónica como el reportaje, entendidos en su dimensión narrativa, son también una forma de conocimiento. Como recordaba T. E. Martínez, "narrar tiene la misma raíz que conocer. Ambos verbos tienen su remoto origen en una palabra del sánscrito, *gna*, conocimiento" (1997). Villanueva Chang resuelve que, más que una forma de enterarse de los hechos, la crónica ofrece, sobre todo, "una forma de 'conocer' el mundo" (2012, pp. 590-591), de ahí la necesidad de análisis e interpretación de la realidad social que se cuenta.

Jaramillo afirma, a modo de probatura, que la crónica "suele ser una narración extensa de un hecho verídico, escrita en primera persona, o

con una visible participación del yo narrativo, sobre acontecimientos o personas o grupos insólitos, inesperados, marginales, disidentes, o sobre espectáculos y ritos sociales" (2012, p. 17).

3.1. Características del periodismo narrativo

Con sus peculiaridades, la crónica reúne algunos de los requisitos del Nuevo Periodismo nacido de los años 60 del pasado siglo en EEUU, que abogaba por una escritura que, cumpliendo con el rigor periodístico, pudiera leerse como una novela. Una modalidad de no-ficción que contribuyó a difundir el éxito de *A sangre fría*, de Truman Capote (1965), y que se sustentaba en cuatro procedimientos: la construcción escena-por-escena, el registro del diálogo en su totalidad, el punto de vista en tercera persona y la relación de gestos cotidianos, hábitos, costumbres y demás detalles simbólicos reveladores del "status de la vida de las personas" (Wolfe, 1994, pp. 50-51). Pero también se basaba en una concepción del lector más compleja que la de mero receptor de textos (Kramer, 2002, p. 13) o en una labor de reporterismo que, a diferencia del periodismo convencional, se mide en términos cualitativos y de observación (Kramer, 2000, 6). En una inmersión en el ambiente, en el hábitat natural de los protagonistas del relato durante "el tiempo suficiente para que las escenas tengan lugar ante tus propios ojos" (Wolfe, 1994, p. 76). Los datos reunidos en este plazo, infinitamente superior al seguimiento de los periodistas convencionales, permite saturar el reportaje, ofrecer un vasto compendio de información. Solo a través de esta labor de inmersión y observación es posible una construcción escena-por-escena, que no consiste en relatar la historia como hechos desnudos, sino en base a una recreación escrupulosa (Chillón, 1999, p. 243), que permite alejarse de "ese tono beige pálido", "de locutor medio", que detestaba Wolfe (1994, pp. 30-31).

A las características atribuidas por Wolfe, suele añadirse, apuntan C. Royal y J. Tankard, "the ability of literary journalists to focus on the human element and to write interesting, insightful pieces about ordinary people leading ordinary lives" (2002). Las aportaciones de otros autores permiten trazar un perfil más nítido de la modalidad periodística, entre ellos N. Sims, que resume las siguientes modalidades: reporterismo de inmersión, precisión, voz, estructura, responsabilidad y representación simbólica. Kramer agrega la importancia de la estructura y la introducción de digresiones, al tiempo que llama la atención sobre un elemento interesante: "literary journalists write in an 'intimate voice' that is informal, frank, human, and ironic" (1995, p. 28, citado por Royal 2002).

4. Un compromiso más allá de la estética

El auge de la crónica está lejos de presentarse como un fenómeno homogéneo y unilateral en cuanto a intereses o temáticas. En este conjunto diverso convive desde la mirada lúdica a los estilos de vida y tendencias a la investigación de los excesos del poder o las denuncias del tráfico humano y la violencia en sus diferentes manifestaciones. El periodismo narrativo de principios del siglo XXI tiene, en opinión de

Jaramillo, la voluntad de ofrecer una mirada frívola a lo popular o lo extravagante, pero también de convertirse en “el altavoz de la víctima” (2012, p. 45). En esta vertiente, en la voluntad de dar voz a aquellos que no la tienen, de compromiso contra las desigualdades, de defensa de los valores democráticos, centra su atención este artículo. Y a ella apelan también buena parte de los cultivadores del género.

La crónica supone, en buena medida, una vía alternativa a la ortodoxia periodística, a los valores sobre los que construye el edificio de la noticiabilidad, sobre los que asienta qué y quiénes son noticia. “La crónica se definiría, entre otras cosas, por ocuparse de lo que no es noticia, de lo que no nos enseñaron a considerar noticia (...) La información, curiosamente, supone interesar a muchísima gente de lo que pasa con poquita, de los tejes y manejes de los pocos señores del poder. Esa es una decisión política fuerte de la información”, subraya Caparrós. La crónica, sostiene, “se revela contra eso e intenta contar lo que le pasa a la gente más parecida a aquellos que leerían esa noticia. La crónica es una forma de pararse ante esa estructura de la información que habla de unos pocos y decir que vale la pena contar lo que le pasa a todos los demás” (2003). Este es un aspecto fundamental, desde el punto de vista que la mirada se dirige más allá de los escenarios de poder y se abre paso entre una multitud de voces anónimas que tienen acceso a los medios, que dejan de estar silenciadas para exponer, para narrar una versión de la historia silenciada entre testimonios y fuentes oficiales.

“El cronista trabaja en contra de la versión oficial, contra el comunicado de prensa”, destaca Carrión, contra esa maraña de gabinetes de comunicación que “trata de fijar un discurso sobre los hechos en los que están involucrados”. Frente a ellos, el testimonio personal supone una alternativa, una distancia respecto al poder político o económico en la que el cronista cifra también la posibilidad de su independencia. Esta opción supone un antídoto contra las versiones simplistas, contra las visiones planas de la realidad social, una apuesta por la complejidad, dice Carrión (2012, p. 11).

T. E. Martínez apelaba a la necesidad de *descubrir* “donde antes había sólo un hecho, al ser humano que está detrás” y señalaba que “las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber. Eso no siempre se puede hacer, por supuesto. Hay que investigar primero cuál es el personaje paradigmático de que podría reflejar, como un prisma, las cambiantes luces de la realidad. No se trata de narrar por narrar” (1997).

La importancia concedida por Martínez al lenguaje va más allá de la simple cuestión estética. “Es, ante todo, una solución ética”. Ello implica, una posición activa, no “una mera polea de transmisión entre las fuentes y el lector sino, ante todo, una voz a través de la cual se puede pensar la realidad”, y ello exige desentrañarla, “entender el por qué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez” (1997). Esta apuesta, alejada de muchos de los parámetros

que caracterizan la ortodoxia periodística, constituye, sin embargo, la base de las crónicas que se analizan.

5. Análisis

Este artículo analiza en detalle 14 crónicas publicadas en siete de revistas latinoamericanas –tanto nativas digitales como con matriz impresa– entre 2012 y 2013: *Plaza Pública* (“Sísifo en El Mezquital” y “Olivia, sus hermanas, y la condena de Ríos Montt”), *Soho* (“Viaje al pueblo masacrado por los paramilitares” y “La travesía de Wikdi”), *Sala Negra-El Faro* (“La legión de los desplazados” y “Los desaparecidos que no importan”), *Replicante* (“Trenes y migrantes” y “La chica que escapó”), *Gatopardo* (“El carbón y la entraña” y “¿Dónde está mi hijo”), *Revista Sole* (“Tomarse el Pali” y “La Bestia era su única esperanza”) y *Diez4* (“Coyotitos burla migras” y “Esclavos subterráneos de frontera”).

El corpus analizado está integrado por crónicas que tratan temas relacionados con los derechos humanos y las libertadesⁱⁱⁱ, una muestra representativa del trabajo desarrollado, en los dos últimos años, por las publicaciones que apuestan por un periodismo literario, de formato extenso y que no pierde la mirada crítica, la vocación investigadora y de denuncia a la realidad social. A través de una metodología cualitativa se analizan cuáles son los elementos que caracterizan estas crónicas, no solo como piezas de periodismo narrativo, sino, más allá de lo estético, como apuntaba T. E. Martínez, como apuestas de un periodismo convencido de la necesidad de explicar *el por qué, el para qué y el cómo*, sin perder la mirada ética.

El análisis se estructura en torno a la temática, la caracterización y tratamiento de los protagonistas y escenarios, o el uso de recursos narrativos como estrategia vinculada al servicio de los valores democráticos que sustentan las crónicas. Por ello se pondrá el énfasis en el modo en que la introducción de elementos literarios (descripción de personajes y ambientes, construcción de escenas o inclusión de diálogos) favorece precisamente la consecución de estos fines, frente al discurso objetivista e impersonal que dictan las normas de la ortodoxia periodística.

La docena larga de crónicas analizadas centra su atención, de manera directa o indirecta, en cuestiones como la inmigración, la violencia ejercida desde el poder o por parte de grupos organizados, la explotación, el tráfico de seres humanos o el narcotráfico, y sus consecuencias, desde los desplazamientos forzosos a la pobreza y falta de recursos, la extorsión o los asesinatos. Aunque estos temas son prioritarios en la agenda de los medios convencionales, su tratamiento resulta, sin embargo, diferencial, de modo que en las crónicas no es a través de las cifras y los discursos oficiales como se canaliza la información, sino desde la proximidad, desde las pequeñas historias y las fuentes que no tienen cabida en aquéllos. Se reivindica así lo que A. Chillón denomina “la calidad de la experiencia” (1999, p. 88), que recupera el valor de las historias personales como nexo para describir realidades que, pese a ser

mucho más vastas, encuentran en la mirada cercana una vía de conocimiento más enriquecedora para el lector.

Quizás el caso más paradigmático, en este sentido, sea la crónica de Alberto Salcedo "La travesía de Wikdi", que muestra, a través de la historia de un niño colombiano, las dificultades de acceso a la enseñanza o las precarias condiciones de vida de la comunidad indígena que habita una zona de difícil acceso. Pero también la historia de Sebastián Escalón, que narra el reencuentro de tres hermanas tras años de separación, motivada por el golpe de estado de Ríos Montt, o la de tres inmigrantes salvadoreños que aspiran a cruzar de forma irregular la frontera que les permite entrar en EEUU. O la de Kevin, utilizado por las mafias que trafican con seres humanos, y que cuenta Néstor Cruz en "Coyotitos burla migras". Todos ellos son, desde lo particular, un ejemplo de otras muchas historias que, precisamente por la aproximación detallada y humana, pueden ilustrar con más fuerza.

Este enfoque exige, necesariamente, el uso de determinados recursos –enumerados por Wolfe– que ofrece el periodismo narrativo, y con ello, un acercamiento diferente por parte del periodista, una labor de reporterismo que lo aleja de la concepción tradicional. Para captar las vivencias, la voz, la esencia de las vidas que quiere narrar, el periodista no puede quedarse en la distancia, en la simple entrevista de declaraciones. Por el contrario, tiene acercarse al espacio donde transcurre lo que quiere contar, mezclarse con los protagonistas, observar, escuchar, y no limitarse a las preguntas para obtener datos. Así, Salcedo rehace el trayecto a pie para ir a la escuela con Wikdi, Escalón acompaña a Olivia al reencuentro con sus hermanas, Rodrigo Baires se une a la patrulla que vigila las calles de la colonia guatemalteca de El Mezquital y Manu Ureste, convive con los inmigrantes que esperan en una estación paso de México para alcanzar los EEUU.

El acercamiento a los escenarios es otro elemento clave. La crónica exige detalle, pruebas de que se ha estado allí, de que se ha visto y observado, de que los espacios en los que han transcurrido las historias son parte esencial de ellas, la puerta para captar el relato en toda su dimensión. Así lo pone de manifiesto Daniel Valencia en "La legión de los desplazados", cuando recurre a la descripción para mostrar las consecuencias de la presión y la violencia de las pandillas en un barrio de El Salvador:

La casa abandonada habla más que la vecina nerviosa que vive en la casa de al lado, que revuelca las pocas palabras que salen de su boca y responde apresurada (...) La casa dice que la desmantelaron. No hay techos ni focos ni ventanas ni cableado eléctrico. Tampoco grifos en las pilas ni palanca para el retrete. La casa también le pone nombre y apellido a "los muchachos" que ahuyentaron a los que aquí vivían. En una de las paredes, hay dos letras pintadas en negro. Una es M y la otra S. Son dos letras mayúsculas, muy grandes. Son las siglas de la Mara Salvatrucha 13, unas de las pandillas más

Los otros rostros y voces.

La crónica como vehículo de compromiso social y denuncia

peligrosas del mundo. En otra pared, esas letras están separadas por dos manos huesudas, con uñas largas, como cuchillos. Las manos hacen señas. Una es una garra, la otra es una letra. Abajo hay tres letras más. Son las iniciales que dan nombre a la clica que se tomó esa casa: Diabólicos Criminales Salvatrucha (DCS).

La descripción de los escenarios no es un mero recurso embellecedor, una concesión estética. Su presencia es reveladora para poder entender la gesta de Wikdi en su trayecto diario a la escuela. La crónica no tendría el mismo valor informativo sin la referencia a los lugares que recorre el niño, y esta no habría sido posible sin la presencia de Salcedo en ellos:

Hemos caminado por entre un riachuelo como de treinta centímetros de profundidad. Hemos atravesado un puente roto sobre una quebrada sin agua. Hemos escalado una pendiente cuyas rocas enormes casi no dejan espacio para introducir el pie. Hemos cruzado un trecho de barro revestido de huellas endurecidas: pezuñas, garras, pisadas humanas. Hemos bajado por una cuesta invadida de guijarros filosos que parecen a punto de desfondarnos las botas. Ahora nos aprestamos a vadear una cañada repleta de peñascos resbaladizos. Un vistazo a la izquierda, otro a la derecha. Ni modo, toca pisar encima de estas piedras recubiertas de cieno. Me asalta una idea pavorosa: aquí es fácil caer y romperse la columna.

Marco Tulio Castro traslada al lector a una de las casas de la frontera con EEUU para denunciar las prácticas de los narcotraficantes: “Ya estoy en las ruinas. En este cuarto es donde está el túnel (...) La casa que estaba en renta se convirtió en vivero, luego en cárcel, después en fachada de un túnel diseñado para traficar droga a Estados Unidos”. El escenario de los hechos adquiere protagonismo para llegar a la esencia de los mismos, a desvelar una dimensión desconocida:

Los esclavos del narcotráfico son hombres que no existen hasta que son detenidos en operativos como el de aquella tarde cuando los soldados entraron al túnel. Hombres que pierden identidad y libertad, y durante el cautiverio viven en silencio al servicio del traficante. ¿Cuándo comenzó la construcción de túneles para contrabandear a Estados Unidos? No se sabe. El primer hallazgo fue en mayo del noventa, en la frontera Sonora-Arizona. ¿Cuándo comenzó el uso de esclavos para construir túneles? No se sabe.

Pese a focalizar la atención en casos particulares, como Néstor Cruz al contar la historia de Kevin, no se trata simplemente de relatos de personas anónimas en situaciones de crisis, de historias desconectadas o exóticas. La de Kevin es la historia de centenares de adolescentes utilizado por las mafias de tráfico de seres humanos para eludir la acción

de la justicia. A su testimonio, que ayuda a entender el trasfondo, el periodista añade la mirada crítica y la denuncia:

En nueve meses, detuvieron a 3 mil 322 menores de edad, aunque no todos como guías. ¿Qué cuántos de esos eran coyotitos? Dar con el dato, sería como dar con la lotería (...) «Ellos no van a parar. Piensan: voy a ganar dinero y ya lo sé hacer». Aun así, lo único que hace el gobierno de Estados Unidos es deportarlos a México, y en este lado, o los recibe su familia o los mandan a algún albergue, a través del DIF. Fui al DIF estatal a preguntar sobre menores traficantes. Que no, que no saben, que ahí solamente reciben a niños en «calidad de deportados». El pedo con estos morros es que en México ninguna autoridad conoce del tema y en Estados Unidos apenas los detectan, aunque aun no tienen datos.

La mirada del cronista rebasa el detalle particular para revelar realidades de las que son una muestra. De ahí que el análisis, la interpretación de las causas, del *por qué*, al igual que de las consecuencias, de las opciones de futuro, constituya un punto clave en las crónicas. Esta resolución evidencia el compromiso y la defensa de los valores humanos. Así, en “La legión de los desplazados”, D. Valencia retrocede en el tiempo hasta encontrar las causas de la huida que está narrando:

Hace más de 30 años, El Salvador entró por una puerta angosta a uno de los capítulos más oscuros de su historia (...) Muchos otros no solo fueron desplazados sino que se convirtieron en migrantes y lograron llegar hasta los Estados Unidos (...) Finalizada la guerra, hace 20 años, a El Salvador regresó la paz. Pero sería difícil precisar cuánto tiempo duró esa paz, porque el país comenzó a experimentar otra guerra: la de las pandillas (...) Todo comenzó cuando unos jóvenes, deportados de los Estados Unidos, se mezclaron con otros muchachos más jóvenes en barrios, plazas y parques (...) Dos de las pandillas más peligrosas del mundo encontraron en El Salvador un campo fértil para la batalla, y el Estado se convirtió apenas en un observador silencio de esos enfrentamientos.

Algo similar ocurre en el caso de Manu Ureste, en “La Bestia era su única esperanza”, cuando trasciende la historia de los tres inmigrantes que esperan al tren, con sus miedos y sus dudas, para abrir el foco a un fenómeno mucho más generalizado, que explica que la población de procedencia salvadoreña en EEUU alcance 1,1 millones de personas:

Factores como el aumento de la pobreza, la disparidad de salarios, el desempleo, los diferenciales en expectativas de vida y la brecha educativa, que es cada vez mayor, han estado directamente relacionados con la migración en todo el mundo desde tiempos inmemoriales, aunque de una manera especial en naciones

Los otros rostros y voces.

La crónica como vehículo de compromiso social y denuncia

centroamericanas como El Salvador, Guatemala y Honduras, las cuales arrojaron en el año 2008 unos alarmantes índices de pobreza del 47.5%, el 54.8% y el 68.9% respectivamente (...). En el caso específico del país de Morena y Wilfredo, la evidente correlación entre la pobreza y la poca o nula esperanza de salir de ese estado, la inestabilidad social, la inseguridad permanente, la escasez de empleos atractivos, la frustrante falta de oportunidades para jóvenes y emprendedores, los niveles de desigualdad –lo que también fomentó en gran medida el surgimiento de pandillas como la ya mencionada Mara Salvatrucha o su antagónica, Barrio 18-, así como el resurgimiento de confrontaciones políticas fruto del conflicto armado entre el Ejército y grupos insurgentes en la década de los noventa, ha obligado a miles de personas a migrar en masa hacia los Estados Unidos y en menor medida a Canadá.

En una de sus crónicas en *Gatopardo*, “El carbón y la entraña”, Emiliano Ruiz no se limita a recrear el accidente que centra su relato, sino que lo complementa con una contextualización de la importancia de la minería en la región, de sus numerosas irregularidades y de las muertes que arrastra:

Los registros históricos alimentan la estadística: en 1889, 300 muertos en la mina El Hondo; 1908, 200 muertos en la mina 3 de Rosita y 100 en la mina 2 de Palaú; 1910, 300 en la mina 2 de Esperanzas; 1925, 41 en la mina 4 de Palaú; 1934, 57 en la mina 6 de Rosita; 1939, 67 en la mina 5 de Palaú; 1969, 153 en la mina Guadalupe de Barroterán; 1988, 37 mineros en la mina 4.5 de Esperanzas; 2001, 12 muertos en La Morita, y 2002, 13 muertos en el pozo La Espuelita, sólo por mencionar cifras de dos dígitos en adelante. En todos los casos se han recuperado los cuerpos, salvo en los siniestros de 1889 y en la mina 8 de Pasta de Conchos de febrero de 2006. De la Región Carbonífera de Coahuila se extraen arriba de tres mil millones de toneladas de carbón al año. Con la mayor parte de ese carbón, la Comisión Federal de Electricidad (CFE) genera 10% de su energía. El gobierno del estado de Coahuila funge como intermediario entre los productores y la CFE por medio de la empresa paraestatal Promotora para el Desarrollo Minero (Prodemi). De acuerdo con la Organización Familia Pasta de Conchos (OFPC), sesenta y nueve de las setenta y una empresas registradas en la Prodemi incumplen con alguna regulación laboral.

La necesidad de proporcionar un contexto histórico para situar los hechos se hace evidente en la crónica de Waldo Cebrero “Tomarse el Palo”, para reconstruir las circunstancias de la detención y tortura de un combatiente argentino del Ejército Revolucionario del Pueblo:

Salvo eso, no hay en sus gestos nada que evidencie lo que fue en otros tiempos: un combatiente del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), el brazo armado del Partido Revolucionario

Los otros rostros y voces.

La crónica como vehículo de compromiso social y denuncia

del Pueblo (PRT), la organización guevarista más importante de Argentina en la década del 70 (...) En Córdoba, interior de la Argentina, durante los años previos al golpe militar de 1976, el D2 formaba parte de una estructura represiva y clandestina que se llamó Comando Libertadores de América y estuvo dirigida por el Batallón 141 de Inteligencia del Ejército. El 15 de marzo de 1975 Palo fue secuestrado por personal policial y trasladado a la sede del D2. Aun hoy no sabe cuántos días estuvo detenido.

Quizás los recursos que permiten aportar mayor verosimilitud, aproximar al lector a la realidad de las personas que protagonizan las crónicas, de sus necesidades y vivencias, son la construcción escena-por-escena y el registro del diálogo en su totalidad. Así ocurre en “Los desaparecidos que no importan”, de Daniel Valencia, que opta por estos elementos para denunciar el escaso interés de las fuerzas de seguridad a la hora de investigar algunas desapariciones en El Salvador:

—Ese Piñata quería levantar una clicca acá en la isla –dice El Sargento-. Quería comenzar a rentear acá. A él lo brincaron en La Herradura, vaya a preguntar por él a la delegación y allá se lo van a contar.

—La familia asegura que...

—Las familias de los mareros nunca quieren aceptar que sus hijos son mareros. Las hermanas de él saben, que a lo mejor la clicca en La Herradura le dio chicharrón, porque no tenía autorización para hacer nada acá. Ellas saben pero no dicen nada.

Al puerto Joacaz se acercó un hombre que cargaba un plato con carne frita y tortillas (...). El Sargento, mientras comía de su porción (...) insistió:

—No ande investigando eso.

— ¿Por qué?

— ¡Porque era pandillero, hombre! Ta bueno que desaparezca. Ya lo vamos a encontrar en alguno de los cañales que hay por allá, por La Herradura.

O para reflejar el miedo de las familias a denunciar, como recoge apenas unas líneas después:

Ella agachó la cabeza cuando le dije que en ninguna de las delegaciones de la Policía aparece la denuncia de desaparición de su hijo. (...)

— ¿No le tomaron la denuncia?

—A lo mejor no... es que yo ya no sé.

— ¿Usted no puso la denuncia?

—No, es que yo ya no entré.

— ¿Quiere ir a poner la denuncia?

—Es que tenemos miedo...

— ¿Los ha amenazado alguien?

María se encoge de hombros y guarda silencio durante un par de segundos.

— (...) Tenemos miedo de que nos pase algo por andar preguntando por él. Mire que en La Herradura salió la noticia de que los mismos policías andaban haciendo cosas malas, junto a unos pandilleros.

—Pero si no denuncian la desaparición, nadie va a buscar a su hijo.

—Ya mejor que quede así. Si está vivo, que Dios lo proteja, y si está muerto... Disculpe que lo hicimos venir hasta acá, pero ya no queremos que se anden revolviendo las cosas.

El cronista no se limita a captar unos hechos aislados, sino que es capaz de trasladarlos al texto devolviéndoles su tridimensionalidad, como Rodrigo Baires en "Sísifo en el Mezquital", a través del recurso a la construcción de escenas, uno de los elementos identificados por Wolfe como característicos del periodismo narrativo:

El subteniente pega la espalda al muro. Levanta su puño en señal de alto. Gira la cabeza sobre la esquina, apenas para que sobresalga su ojo izquierdo y la punta del cañón de su fusil. "Esta es zona de peligro. Si hay disparos, tírese al suelo", recomendó cuando bajaba del picop militar al final de la única calle que llega a La Isla, al lado de El Mezquital, en la zona 12 de Villanueva. Camina cerca del borde del barranco y observa hacia abajo. "Esto es un hoyo. Nos pueden ver de todos lados y somos blanco fácil del enemigo", dice, hace una pausa y como si dijera un secreto susurra: "Un enemigo invisible".

Un soldado cruza el pasaje a paso apurado. Se parapeta en la esquina de enfrente. Tiene la mirada fija en la nada. El cañón de su fusil apunta hacia unas gradas que serpentean bajando el barranco, a un callejón de apenas metro y medio de ancho (...).

"Aquí el enemigo puede ser cualquiera, es un enemigo invisible", repite el subteniente. Mira de reojo. Señala con la boca a un grupo de niños reunidos en la esquina. "¿Los ve? Son 'banderas'... Puras 'banderitas' solo esperando a que pasemos para informar por dónde vamos. ¿Qué hacemos? Pasamos frente a ellos, los saludamos o hasta les sacamos plática. No hay que demostrarles miedo. Hay que demostrar quién es la autoridad. Eso hacemos".

La reconstrucción de su periplo con los militares que patrullan las calles de un barrio de la ciudad de Guatemala tomado por pandillas que imponen su propia ley a base de violencia y extorsiones, permite al periodista mostrar con claridad lo que avanza en la presentación de su crónica: "las razones por las que la estrategia territorial de disuasión y represión del Gobierno tiene aquí poco sentido".

6. Conclusiones

Lejos de ser un mero recurso estético, la incorporación de elementos narrativos al relato periodístico no solo contribuye a proporcionar textos de gran valor literario, sino que constituye también un compromiso ético a la hora de narrar la realidad. La crónica representa, tanto desde la selección temática como desde el acercamiento a las cuestiones que aborda, un género dotado para canalizar historias que pasan inadvertidas al periodismo convencional, cegado por una voluntad objetivista que impide romper un círculo vicioso de criterios de noticiabilidad y fuentes *autorizadas*.

Las crónicas analizadas muestran, por el contrario, el valor de la calidad de la experiencia, la fuerza reveladora de historias que se acercan a los protagonistas reales, a los que sufren las situaciones de desamparo o violencia, a los que no tienen voz en los medios: a las madres de desaparecidos, a las familias que huyen, a los inmigrantes irregulares que se disponen a atravesar la frontera. Ello implica una exigencia especial a los periodistas, una labor de reporterismo que va más allá de transcribir declaraciones, que requiere la presencia en el lugar de los hechos, la aproximación a escenarios que no son noticia (poblados inaccesibles, barrios violentos, estaciones de paso) y con ella la captación de detalles que contribuyen a dar verosimilitud, que reflejan el compromiso en lo que se narra. Así, la descripción de ambientes o la construcción de escenas –técnicas características del nuevo periodismo de los años 60 del pasado siglo– permiten aprehender y relatar en toda su dimensión esas realidades que en el tratamiento informativo habitual quedan ocultas.

A través del registro del diálogo, de la inclusión de testimonios reveladores, la crónica contribuye también a dar voz, a captar las preocupaciones, los miedos o las denuncias de una parte de la población que no tiene acceso a los medios. La incorporación de estos detalles ausentes en el relato informativo tradicional no solo no es incompatible con el análisis y la contextualización histórica, sino que se convierte en el medio para ofrecer y dar respuesta a los *cómo*, *por qué* y *para qué* a que aludía T. E. Martínez como esencia del compromiso ético del periodista. Con estilos narrativos y propuestas diferentes, pero desde la investigación y la denuncia de situaciones políticas y sociales intolerables, la crónica contribuye a la construcción y consolidación democrática, en particular, en los países centroamericanos, que comparten problemas como la violencia organizada, el narcotráfico, el tráfico de seres humanos, las desapariciones o los asesinatos.

A pesar de que la eclosión de la crónica debe mucho a las ediciones digitales, que permiten salvar los problemas de formato extenso y facilitan su distribución, aún queda mucho camino por recorrer hasta dar el salto para que la red, más que una simple plataforma de difusión, se convierta en un entorno para explotar las opciones hipertextuales y multimedia que ofrece.

Referencias Bibliográficas

- Caparrós, M. (2003). Taller de periodismo y literatura, Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y Corporación Andina de Fomento. Cartagena, 16 al 20 de diciembre. Recuperado de: http://estiloynarracion2.files.wordpress.com/2009/08/literatura_caparrós.pdf.
- Carrión, J. [Ed.] (2012). Mejor que ficción. Crónicas ejemplares. Barcelona: Anagrama.
- Chiappe, D. (2010). Tan real como la ficción. Herramientas narrativas en periodismo. Barcelona: Laertes.
- Chillón, A. (1999). Literatura y periodismo. Una tradición de relaciones promiscuas. Bellaterra, Castelló de la Plana, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona. Servei de Publicacions, Publicacions de la Universitat Jaume I, Universitat de València. Servei de Publicacions.
- Jaramillo, D. (2012). Antología de crónica latinoamericana actual. Madrid: Alfaguara.
- Kramer, M. (1995). Breakable Rules. En Sims, N. y Kramer, M (Eds). *Literary Journalism: A New Collection of the Best American Nonfiction* (pp. 21-34). New York: Ballantine Books.
- Kramer, M. (2000). Narrative Journalism Comes of Age [versión electrónica] Nieman Reports. The Nieman Foundation for Journalism at Harvard University. Vol. 54, núm. 3, otoño. <http://www.nieman.harvard.edu/reports/contents.html>.
- Kramer, M. (2002). Reporting Differently [versión electrónica], *Nieman Reports*. The Nieman Foundation for Journalism at Harvard University. Vol. 56, núm. 1, primavera.
- Martínez, T. E. (1997). Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI. Conferencia pronunciada ante la asamblea de la SIP el 26 octubre 1997, Guadalajara, México. Recuperado de: <http://www.medios.org.ar/?p=665>.
- Royal, C.; Tankard, J. (2002). The Convergence of Literary Journalism and the World Wide Web: The Case of Blackhawk Down. Dynamics of Convergent Media Conference, Columbia, SC, 14-16 de noviembre. Recuperado de: <http://www.cindyroyal.com/bhd.pdf>.
- Villanueva Chang, J. (2012). El que enciende la luz. En: Jaramillo, D. [Ed]. Antología de crónica latinoamericana actual. Madrid: Alfaguara, (pp. 583-606).
- Wolfe, T. (1994). El nuevo periodismo. Barcelona: Anagrama.

Crónicas analizadas:

<http://www.plazapublica.com.gt/content/la-ilusoria-conquista-del-gobierno-ante-las-pandillas>

<http://www.plazapublica.com.gt/content/olivia-sus-hermanas-y-la-condena-de-rios-montt>

<http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/viaje-pueblo-masacrado-paramilitares/30439>

<http://www.soho.com.co/zona-cronica/articulo/la-travesia-wikdi/25819>

http://www.especiales.elfaro.net/es/salanegra_desplazados/

<http://www.salanegra.elfaro.net/es/201301/cronicas/10773/>

<http://revistareplicante.com/trenes-y-migrantes/>

<http://revistareplicante.com/la-chica-que-escapo/>

<http://gatopardo.com/ReportajesGP.php?R=197>

<http://www.gatopardo.com/ReportajesGP.php?R=171&pagina=5>

<http://www.revistasole.com/2013/03/tomarse-el-palo.html>

<http://www.revistasole.com/2012/12/la-bestia-era-su-unica-esperanza.html>

<http://diez4.com/diez4/2012/coyotitos-burlamigras/>

<http://diez4.com/diez4/2012/esclavos-subterranos-de-frontera/>

Notas:

ⁱ Entrevista de Héctor Villarreal a Leila Guerriero, publicada en la revista *Replicante*: <http://revistareplicante.com/el-periodista-narrativo>.

ⁱⁱ Entrevista de Roberto Valencia a Julio Villanueva Chang, publicada en *Revista Sole*: <http://www.revistasole.com/2011/05/por-roberto-valencia-el-argentino.html>.

ⁱⁱⁱ En la elección se han dejado de lado aquellas publicaciones centradas en la literatura o estilos de vida y sociedad –en un sentido amplio–, así como las que se limitan a ofrecer textos de otras revistas o que, a pesar de abordar cuestiones coincidentes con las seleccionadas, no priorizan el aspecto narrativo.